

TEMA 1. EN TODO AMAR Y SERVIR: 1.1. El encuentro con Cristo.
1.2. Los Ejercicios Espirituales. 1.3. El discernimiento ignaciano.
1.4. La búsqueda de la voluntad de Dios

1.1. El encuentro con Cristo: la conversión y la misión de san Ignacio

Convaleciente de las heridas sufridas en sus piernas, destrozada una y malherida la otra, durante la defensa del castillo de Pamplona contra los franceses en mayo de 1521, Íñigo de Loyola (1491-1556), el menor de once hermanos, fue conquistado por Cristo a los 30 años de edad en su casa natal, la oñacina Casa-torre de Loyola, a orillas del río Urola entre Azpeitia y Azcoitia, en la provincia española de Guipúzcoa. De ser un hombre, como él mismo reconociera, “dado a las vanidades del mundo” con un “grande y vano deseo de ganar honra” pasó, en lenguaje paulino, a tener por pérdida lo que hasta entonces estimaba ganancia. O si se prefiere, esta vez ya con las palabras que el propio Ignacio dirigiera a Francisco de Borja en una carta fechada en 1554, tuvo lugar entonces esa “mutación de vida” fruto de una “merced” singular recibida de Dios.

Un espíritu como el de Íñigo, naturalmente ambicioso, fuerte y recio, apasionado y valiente, ardiente y generoso, ávido de cosas grandes y ajeno a toda mediocridad o ruindad, habría de encontrar gusto en la vida de Cristo y en la de los santos, suscitando en él el deseo de imitar esas “heroicidades” en las que nunca había pensado antes. Y es que la *acción* siempre estuvo presente en la *contemplación* de Íñigo desde sus inicios. Como bien definiera el P. Nadal, el de Loyola supo unir contemplación y acción, siendo contemplativo en la acción y activo en la contemplación, hasta llegar un día a reconocer que “cada vez y cada hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba”. Pues bien, volviendo a su conversión, Dios se sirvió para ella de la lectura de dos libros religiosos que había en la casa: *La vida de Cristo* del cartujo Ludolfo de Sajonia y el *Flos sanctorum* (un arreglo de la *Legenda aurea* que recogía hechos de los santos). Puede decirse que lo que empezó como un puro entretenimiento en la enfermedad muy pronto fue cautivando su atención. Y es que las hazañas de los santos, esas cosas difíciles y graves que hacían por Cristo, se le antojaban a Íñigo como grandes gestas muy dignas de imitar. El caso es que en la elección de unas u otras, las mundanas o las divinas, descubrió el efecto tan dispar que producían en su alma. Lo primero que debió sorprenderle fue ese mundo interior recién descubierto para pasar a percibir después, en esa intimidad, la acción de agentes misteriosos, el buen y el mal espíritu. Y de ahí pasaría a aspirar a obras grandes no ya por su vanagloria sino por la gloria de Dios. Fue un proceso enteramente dirigido por la gracia, en el que no faltó la intervención singular de la Virgen María. Todo lo que tuvo lugar en esos meses fue una auténtica conversión que le apartó del camino trazado y le lanzó a una nueva vida, inicio de la misión que Dios le tenía preparada y que iría descubriendo con el tiempo. Pero dejemos que sea él mismo quien nos cuente todo ese proceso de conversión-misión, según refiere el relato de su autobiografía dictada al P. Luis González de Cámara entre 1553 y 1555:

“5. Y cortada la carne y el hueso que allí sobra, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y estendiéndola con

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de Caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los Santos en romance.

6. Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y 4 horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas.

7. Todavía nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo? y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. Duraban también estos pensamientos buen vado, y después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró hartó tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o destas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.

8. Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalem descalzo, y en no comer sino yerbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejando, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella. Cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios. Este fue el primero discurso que hizo en las cosas de Dios; y después cuando hizo los ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus.

9. Y cobrada no poco lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la ida de Hierusalem, como arriba es

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer.

10. Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron con una visitación, desta manera. Estando una noche despierto, vido claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada; y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del ánimo todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el Agosto de 53 que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efeto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. Mas así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente.

11. El, no se curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul. Y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor. Pensaba muchas veces en su propósito, deseando ya ser sano del todo para se poner en camino. El cual tuvo cuasi 300 hojas todas escritas de cuarto.

12. Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalem para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen y allí nunca comer sino yerbas. Mas cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja, y la información que della tuvo le pareció bien. Mas por la razón arriba dicha y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba tanto en ello; antes, hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: “señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete” (estaba entonces allí el duque). El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escúpulo, se descabulló del hermano. Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación”.

De todos es bien conocida la historia siguiente. En su deseo de ir a Tierra Santa a fin de configurar su vida lo más perfectamente con la de Cristo, el peregrino resolvió dejar Loyola a finales de febrero de 1522 y, tras pasar seguramente por la ermita de Olatz para encomendarse a la Virgen María, dirigió sus pasos al santuario de Aránzazu donde probablemente hiciera voto de castidad en la vigilia que tuvo allí ante Nuestra

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

Señora y de ahí a Montserrat donde hizo confesión general, cambió sus vestidos por los de un mendigo y veló las armas en la noche ante la imagen de la Virgen. Al no serle posible entrar en Barcelona para dirigirse a Jerusalén, se retiró a Manresa donde permaneció unos diez meses dedicados, con gran pobreza, a la oración y a duras penitencias. En la cueva de ese lugar y a orillas del río Cardoner se sucedieron las experiencias espirituales que fueron formándole y que quedarían reflejadas en el libro de los Ejercicios Espirituales. Finalmente, superados los obstáculos iniciales, pudo embarcarse para Tierra Santa donde llegó en septiembre de 1523 pero no pudo permanecer allí como era su deseo al impedirse la autoridad competente. En apenas el mes que estuvo visitó Jerusalén y los Santos Lugares, Betania y el monte de los olivos, Belén, Jordán y el monte de las tentaciones. Regresó entonces a Barcelona en 1524 donde comenzó sus estudios de latín. De ahí pasó por Alcalá (1526-1527) y Salamanca donde hacía partícipe a los demás de sus experiencias espirituales. Ante los problemas que ello le supuso decidió ir a la Universidad de París adonde llegó en febrero de 1528 y donde permaneció hasta principios de abril de 1535. Aquí conoció al saboyano Pedro Fabro y al navarro Francisco Javier, así como a los españoles Alfonso Salmerón, Diego Laínez y Nicolás de Bobadilla, y al portugués Simón Rodríguez. Con estos primeros seguidores de Jesús (jesuitas), alistados en su compañía y bajo su bandera, el 15 de agosto de 1534 hizo voto de servir a Nuestro Señor dejando todas las cosas del mundo en pobreza y castidad, decidiendo viajar a Tierra Santa para dedicarse allí al apostolado y poniéndose a las órdenes del Papa. Fue en la capilla de Saint Pierre de Montmatre en una misa presidida por Fabro que había sido ordenado el 30 de mayo. Es el origen de la Compañía de Jesús. Antes de poder cumplir con esos propósitos, Íñigo –aún se llamaba así, pues el cambio del nombre a Ignacio debió tener lugar de forma gradual después de sus estudios de París, hasta desaparecer el de Íñigo en los últimos catorce años de su vida, ya conocido por todos como el Padre Maestro Ignacio- se enferma y por motivos de salud debe regresar a Loyola. Después de tres meses llegó a Venecia permaneciendo en ella todo el año 1536 y el 7 de enero de 1537 llegaron los compañeros de París. Mientras tanto, el grupo había aumentado con los franceses Claudio Jay, Pascasio Broet y Juan Bautista Coduri. Ya en Venecia el 24 de junio de ese año son ordenados sacerdotes los que aún no lo eran. Ignacio decide esperar para celebrar su primera misa un año preparándose para ello y animado, tal vez, por el secreto deseo de poder celebrarla en Jerusalén. Sin embargo, las circunstancias hicieron que su primera misa tuviera lugar el 25 de diciembre de 1538 en Santa María la Mayor en Roma junto a las reliquias del pesebre del niño Jesús. La guerra con los turcos hacía difícil el viaje a Tierra Santa por lo que, mientras tanto, trabajaron pastoralmente con el nombre ya de “Compañía de Jesús”, añadiendo a sus nombres las iniciales SI de *Societatis Iesu*, en latín.

Como el tiempo pasaba y no partía ningún barco para Tierra Santa, el grupo decidió, fiel a su compromiso de Montmatre, dirigirse a Roma donde ya se encontrarán en la Pascua de 1538. Ignacio fue a mediados de noviembre de 1537 con Laínez y Fabro. Fue en ese viaje cuando, a unos quince kilómetros de Roma, en la capilla de La Storta, Ignacio tuvo otra de sus experiencias fundamentales. Al contemplar la Trinidad y

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

a Jesucristo con una pesada cruz al hombro escucha que Dios le será propicio en Roma, tomándole como su servidor y poniéndole el Padre con su Hijo, como dijo a sus compañeros y dejó reflejado en su autobiografía:

“96. Después, acabado el año, y no encontrándose pasaje, decidieron ir a Roma, y también quiso ir el peregrino, porque la otra vez, cuando fueron a Roma los compañeros, aquellos dos de los cuales él dudaba, se mostraron muy benévolos. Se dirigieron a Roma, divididos en tres o cuatro grupos, y el peregrino con Fabro y Laínez; y en este viaje fue muy especialmente visitado del Señor. Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir misa, preparándose y rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo. Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vió tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo”.

Y en efecto Dios les fue propicio. El grupo fue recibido por el Papa en noviembre de 1538 ofreciéndose al Santo Padre para cualquier misión que les quisiera confiar. Pero no quisieron separarse sin algo que les uniera como un solo cuerpo por lo que, tras una deliberación en la cuaresma de 1539, presentaron al Papa una “Primera Fórmula del Instituto” (*Formula Instituti*), una nueva orden religiosa bajo un superior común a quien todos prestaran obediencia. Esta primera fórmula fue aprobada de viva voz por el Papa Paulo III el 3 de septiembre de 1539, parece que después de haber reconocido que “el dedo de Dios estaba ahí”. La Bula *Regimini militantis Ecclesiae* de Paulo III, el 27 de septiembre de 1540, aprueba formalmente la Compañía, aunque limitando el número de sus miembros profesos a sesenta. El 16 de marzo Francisco Javier había partido ya para la India. Aprobada la Compañía, el 19 de abril de 1541, Ignacio aceptó el cargo de Preósito General tras su inicial negativa. Y el 22 de abril los compañeros hacen en la capilla de la Santísima Virgen de San Pablo Extramuros los tres votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia, al que añaden un cuarto de especial obediencia al Papa para las misiones que les confíe. En ese mismo año Ignacio fijará su residencia en Roma de donde ya no saldrá más que de modo puntual como a dar unos Ejercicios en Montecasino o a una visita al Papa en Frascati. El lugar elegido será una casa situada en el centro de la Urbe y que será la primera casa profesa, frente a la capilla dedicada a Nuestra Señora de la Estrada confiada a la Compañía en junio de 1541 por la Bula *Sacrosanctae Romanae Ecclesiae* de Paulo III. Y fue allí donde se centró en la redacción de las Constituciones de la Compañía de Jesús (encargo que inició con Coduri y que continuó solo hasta su muerte, después del fallecimiento de Coduri a los pocos meses), además de dirigir la Compañía con la apertura de escuelas, colegios y universidades, el envío de misioneros y múltiples iniciativas asistenciales como la apertura de la Casa de Santa Marta para las mujeres arrepentidas en enero de 1544. Poco después, una nueva bula, *Iniunctum nobis*, de 14 de marzo de 1544 quitó la limitación del número para la Compañía y concedió que las Constituciones hechas, o que se hicieran en el futuro, quedaran confirmadas con la autoridad apostólica. Por su parte, el libro de los Ejercicios Espirituales fue aprobado y muy recomendado por el Papa Paulo III el 31 de julio de 1548 por el breve *Pastoralis officii cura*. Dos años más tarde, el 21

de julio de 1550, la Compañía de Jesús recibirá su confirmación con la aprobación de la segunda Fórmula del Instituto mediante la bula *Exposcit debitum* de Julio III. Por esa fecha las misiones se multiplican en Europa, Asia, Africa y America.

Al amanecer del 31 de julio de 1556 Ignacio muere en sus habitaciones de Roma. El peregrino había llegado a la meta dejándose conducir “hacia donde él no sabía”, como bellamente dijera Nadal. Tenía 64 años, la Compañía de Jesús había sido aprobada por la Sede Apostólica, como también los Ejercicios, y las Constituciones ya se habían redactado. En ese momento la Compañía contaba ya con más de mil miembros en casi un centenar de casas distribuidas en once Provincias por los cuatro continentes. En Roma, la Casa General, el Colegio Romano y el Colegio Germánico. Fue beatificado por Paulo V en 1609 y canonizado en 1622 por Gregorio XV junto a Francisco Javier, Felipe Neri, Teresa de Jesús e Isidro Labrador. Pío XI lo declaró patrono de los Ejercicios espirituales en la bula solemne *Summorum Pontificum* del 25 de julio de 1922, así como de todas las casas y obras relacionadas con ellos. Sus restos reposan en un altar dedicado a él en la Iglesia del Gesù en Roma.

1.2. Los Ejercicios Espirituales: Loyola, Manresa y la ilustración del Cardoner

Los Ejercicios espirituales y las Constituciones de la Compañía son las dos fuentes principales de la espiritualidad ignaciana, siendo los primeros el alma o principio vital de las segundas y de la entera Compañía. Otras obras menores en el magisterio de san Ignacio (diario espiritual y cartas) irán apareciendo también en los temas de este año, pero, por ahora, vamos a centrarnos en los Ejercicios dejando las Constituciones para el tema siguiente. No pueden entenderse los Ejercicios sin el encuentro personal que Ignacio tuvo con Cristo en Loyola pues allí inició el discernimiento de espíritus y comenzó su transformación vital. Pero tampoco se comprenderían sin los meses transcurridos en Manresa ejercitándose en continua oración y penitencia, y sin la ilustración que recibió a orillas del río Cardoner y que debió suceder a los cuatro meses de su estancia en Manresa, antes de la purificación de los escrúpulos y desde luego antes de los Ejercicios.

De Loyola Ignacio extrajo una serie de principios fundamentales: la idea del servicio a Dios como los santos hicieron y la de señalarse como ellos en dicho servicio; la de un caudillo eterno en cuya milicia había de combatir; la lucha de espíritus en su alma; y el juego de consolación y desolación que en ella tenía lugar. La etapa de Manresa fue un periodo de confirmación en los buenos propósitos precedentes y de purificación hasta que llegó la ilustración del Cardoner. No vamos a dudar en este punto de la herencia espiritual que recibió Ignacio y de la literatura de la que san Ignacio pudo servirse para componer los Ejercicios, pero tampoco creemos pueda ofrecer ninguna duda la singular intervención de la Virgen María, no en el sentido que hubiera dictado Ella los Ejercicios a Ignacio, sino en el de su maternal asistencia al convaleciente primero y peregrino después. El regalo singular que el santo recibió de la Virgen en Loyola y las posteriores visiones de Nuestra Señora en Manresa así lo sugieren. Mucho más tarde, la presencia de la Virgen en la redacción de las Constituciones también nos

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

hace caer en la cuenta de la especial asistencia de la Madre de Dios en este momento crucial para san Ignacio como fue el de la composición de los Ejercicios. Pero dejemos ahora que sea san Ignacio quien nos cuente aquella experiencia extraordinaria del Cardoner que le hizo “otro hombre” dotado de “otro intelecto”:

“En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad: y algo desto se puede ver por los cinco puntos siguientes.

28. Primero. Tenía mucha devoción a la santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres personas distintamente. Y haciendo también a la santísima Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía 4 oraciones a la Trinidad mas este pensamiento, le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia. Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la santísima Trinidad.

29. 2º. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma. 3º. En la misma Manresa, a donde estuvo cuasi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vió el fructo que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el corpus Domini, vió con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vió con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesu Cristo nuestro Señor. 4º. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vió en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Hierusalem, y otra vez caminando junto a Padua. A nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: si no hubiese Escripura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto.

30. 5º. Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama sant Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes”.

Los Ejercicios responden así a un proceso vital de Ignacio que, iniciándose en Loyola, concluiría muchos años después. Sustancialmente el texto quedó cerrado en una versión latina que san Ignacio compuso en París. Sobre este escrito volvería en Roma retocándolo y ofreciendo su versión definitiva (“Versio prima latina”) en 1541, hasta que fue aprobado por el Papa; desde esa fecha no lo alteró ni permitió que lo hicieran. Pues bien, en ese largo proceso de composición, Manresa representa el núcleo central, precedido de algunas experiencias previas y sucedido por algunas piezas posteriores.

Siempre se ha entendido bajo la expresión de Ejercicios ignacianos tres clases de ellos: (1) los leves (anotación 18 de Ejercicios) para quienes, con escasa instrucción religiosa y/o limitadas aspiraciones espirituales, no pueden o no quieren ir adelante; (2) los Ejercicios de conversión de la primera semana; y (3) los Ejercicios completos con elección o, en caso excepcional, sin ella, pero con reforma de vida. Dice san Ignacio en el número 21 de Ejercicios que éstos son “para vencerse a sí mismo, ordenar la vida, sin determinarse por afecto alguno que desordenado sea”. Los Ejercicios completos están estructurados armónicamente en cuatro semanas y son un camino, un manual, un método que busca la configuración de la vida del ejercitante con la de Cristo. Que aquello que tuvo lugar en el alma de Ignacio pudiera también acaecer en las demás almas. San Ignacio abre en el libro de los Ejercicios su alma y comparte con el ejercitante lo que en ella tuvo lugar. Sólo alcanzará a comprender su verdadero significado y alcance quien practique los ejercicios, quien los haga.

Como dice su *principio y fundamento*, todo se ordena en ellos a la salvación de las almas y a la mayor gloria de Dios pues “el hombre es criado para alabar, reverenciar y servir a Dios y mediante esto salvar su ánima”. De ahí se desprenderán las reglas del “tanto en cuento” en el uso de las cosas así como de la santa “indiferencia”. Todo se presenta en los Ejercicios como un diálogo de amor que queda sintetizado en la triple pregunta ante Cristo crucificado: “¿qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué haré por Cristo?”. En esa respuesta de amor del ejercitante, al encontrarse con Cristo y haber llorado sus pecados, ante la contemplación del drama de iniquidad del pecado (primera semana), la libertad es completa. El silencio interior y la soledad evitan toda posible manipulación externa y dejan al ejercitante libre para responder, en respuesta de amor, al amor que se le entrega en la persona de Cristo al conocerle íntimamente (“conocimiento interno de Cristo para más amarle y seguirle”, petición de la segunda semana). La contemplación del amor de Cristo dilata el corazón del ejercitante en un deseo que le impulsa siempre a más, el *magis* de Ignacio, siempre más, mayor y mejor. Al observar las ansias redentoras del Corazón de Cristo, Rey Eterno, que le invita a asociarse a Él, a ir con Él, a su empresa de salvación, el ejercitante queda

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

emplazado a responder con gran generosidad haciendo oblación de mayor estima y momento, siendo consciente de la batalla a la que es convocado y de la bandera bajo la cual milita:

“Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado” (n. 98).

Y para que no quepa lugar a engaños ni a deseos vanos, el santo propone a quien así se ejercita la consideración de tres clases de hombres y de tres tipos de respuestas (tres binarios), así como tres grados de humildad. De este modo, los Ejercicios buscan un amor real que no se pone en las palabras sino en el servicio (contemplación para alcanzar amor) y de ahí la búsqueda activa, constante, de la voluntad divina a la que servir. Para descubrir esa voluntad está la oración, unas veces más discursiva que otras, pero siempre contemplativa que lleve a mover el corazón, consciente san Ignacio que lo afectivo será lo efectivo. El amor y el servicio quedarán así unidos en la expresión “en todo amar y servir”, síntesis de los Ejercicios y de nuestra espiritualidad. Al final, la entrega de la vida y la unión con Cristo:

“Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo distes, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta” (n 234).

Enseña el n. 408 de las Constituciones de la Compañía que el arma de los Ejercicios Espirituales “Dios nuestro Señor la hace tan eficaz para su servicio”. San Ignacio lo tenía muy claro, a juzgar de lo escrito al sacerdote portugués, y confesor suyo en París, Manuel Miona en carta fechada el 16 de noviembre de 1536 en Venecia:

“...y como yo hoy en esta vida no sepa en qué alguna centella os pueda satisfacer, que poner os en un mes en ejercicios espirituales con la persona que os nombren (...) por su amor y acerbísima muerte que pasó por nosotros, os pido os pongáis en ellos (...) Dos y tres, y otras cuantas veces puedo os pido por servicio de Dios N. S. lo que hasta aquí os tengo dicho, porque a la postre no nos diga su divina Majestad por qué no os lo pido con todas mis fuerzas, siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos; que cuando para lo primero no sintiédes necesidad, veréis sin proporción y estima cuánto os aprovechará para lo segundo...”

¿Cómo podría extrañarnos entonces las más de seiscientas aprobaciones, elogios y recomendaciones de los Ejercicios por parte de la Iglesia durante estos cuatro siglos? Nosotros, congregantes marianos, sabemos muy bien el beneficio que en las almas produce este encuentro con Cristo y esta escuela de santidad. Son muchos los que han juzgado al Padre Maestro Ignacio un verdadero doctor de la iglesia en espiritualidad,

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

por su santidad de vida, su ortodoxia de doctrina, su ciencia eminente y su influjo notable. No nos resistimos a recoger los siguientes pasajes sobre san Ignacio y el método ignaciano de los Ejercicios que S.S. Pío XI hiciera en la encíclica *Mens nostra* del 20 de diciembre de 1929 y que dan idea de la importancia de los mismos:

“Nada nos es más grato, finalmente, que recordar cuanto en todo el transcurso de nuestro ministerio sacerdotal trabajamos por instruir al prójimo en las cosas del cielo por medio de los mismos Ejercicios, con tanto fruto y tan increíble provecho de las almas, que con razón juzgamos que los Ejercicios espirituales son y constituyen un especial medio para alcanzar la eterna salvación” (n. 4); “Y habiendo Dios suscitado providencialmente en su Iglesia muchos varones, dotados de abundantes dones sobrenaturales y conspicuos por el magisterio de la vida espiritual –los cuales dieron sabias normas y métodos de ascética aprobadísimos, sacados ora de la divina revelación, ora de la propia experiencia, ya también de la práctica de los siglos anteriores-, por disposición de la divina Providencia y por obra de su insigne siervo Ignacio de Loyola nacieron los Ejercicios espirituales, propiamente dichos: Tesoro –como los llamaba aquel venerable varón de la ínclita Orden de San Benito, Ludovico Blosio, citado por San Alfonso María de Ligorio en cierta bellísima carta “Sobre los Ejercicios en la soledad”-, “tesoro que Dios ha manifestado a su Iglesia en estos últimos tiempos, por razón del cual se le deben dar muy rendidas acciones de gracias” (n. 10); “Siguiendo, pues, las huellas de estos Pontífices, hemos juzgado oportuno hacer también Nos algo, aconsejando una práctica excelente, de la cual esperamos que el pueblo cristiano sacará muchísimo y extraordinario provecho. Nos referimos a la práctica de los Ejercicios espirituales, que deseamos ardientemente se promueva y difunda más y más cada día, no sólo en ambos cleros, sino también entre las agrupaciones de seglares católicos” (n. 4); “Método óptimo. Finalmente, interesa en sumo grado, para hacer bien los Ejercicios espirituales y sacar de ellos el debido fruto, que se practiquen con un método bueno y apropiado. Y es cosa averiguada que, entre todos los métodos de Ejercicios espirituales que muy laudablemente se fundan en los principios de la sana ascética católica, uno principalmente ha obtenido siempre la primacía. El cual, adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede, y ensalzado con las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu, ha producido en el espacio de casi cuatro siglos grandes frutos de santidad. Nos referimos al método introducido por San Ignacio de Loyola, al que cumple llamar especial y principal Maestro de los Ejercicios espirituales, cuyo *admirable libro de los Ejercicios*, pequeño ciertamente en volumen, pero repleto de celestial sabiduría, desde que fue solemnemente aprobado, alabado y recomendado por nuestro predecesor, de feliz recordación, Paulo III, ya desde entonces, repetiremos las palabras empleadas en cierta ocasión por Nos, antes de que fuésemos elevado a la cátedra de Pedro, “sobresalió y resplandeció como código sapientísimo y completamente universal de normas para dirigir las almas por el camino de la salvación y de la perfección; como fuente inexhausta de piedad muy eximia a la vez que muy sólida, y como fortísimo estímulo y peritísimo maestro para procurar la reforma de las costumbres y alcanzar la cima de la vida espiritual”. Y cuando, al comienzo de nuestro pontificado, “correspondiendo a los ardentísimos deseos y votos” de los Prelados de casi todo el orbe católico y de uno y otro rito por la constitución apostólica *Summorum Pontificum*, fechada el día 25 de julio de 1922, “declaramos y constituimos a San Ignacio de Loyola celestial Patrono de todos los Ejercicios espirituales y, por consiguiente, de todos los institutos, asociaciones y congregaciones de cualquier clase

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

que ayudan y atienden a los que practican Ejercicios espirituales”, casi no hicimos más que sancionar con nuestra suprema autoridad lo que estaba en el común sentir de los pastores y de los fieles: lo cual habían dicho implícitamente, junto con el citado Paulo III, nuestros insignes predecesores Alejandro VII, Benedicto XIV, al tributar repetidos elogios a los Ejercicios ignacianos; los cuales enaltecieron con grandes encomios y aun con el mismo ejemplo de las virtudes que en esta palestra habían adquirido o aumentado todos aquellos que –para decirlo como el mismo León XIII- *florecieron más en la doctrina ascética o en santidad de vida*, en los cuatro últimos siglos. Y, ciertamente, la excelencia de la doctrina espiritual, enteramente apartada de los peligros y errores del falso misticismo, la admirable facilidad de acomodar estos Ejercicios a cualquier clase y estado de personas, ya se dediquen a la contemplación en los claustros, ya lleven una vida activa en negocios seculares; la unidad orgánica de sus partes; el orden claro y admirable con que se suceden las verdades que se meditan; los documentos espirituales, finalmente, que, una vez sacudido el yugo de los pecados y desterradas las enfermedades que atacan a las costumbres, llevan al hombre por las sendas seguras de la abnegación y de la extirpación de los malos hábitos, a las más elevadas cumbres de la oración y del amor divino: sin duda alguna, tales son todas estas cosas que muestran suficiente y sobradamente la naturaleza y fuerza eficaz del método ignaciano y recomiendan elocuentemente sus Ejercicios” (n 22).

1.3. El discernimiento ignaciano: las Reglas de discernimiento de Ejercicios

Uno de los aspectos centrales de la experiencia de los Ejercicios espirituales y de la espiritualidad surgida de ellos es el discernimiento de espíritus. A esta cuestión le dedica san Ignacio nada menos que 24 números (del 313 al 336) en el libro de Ejercicios y 22 reglas (14 para la primera semana y 8 en la segunda). Por su importancia nos vamos a detener en ellas:

[313] Reglas para en alguna manera sentir y congnoscer las varias mociones que en la anima se causan: las buenas para rescibir y las malas para lanzar; y son mas propias para la primera semana.

[314] 1ª regla. La primera regla: en las personas que van de peccado mortal en peccado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y peccados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las consciencias por el sindérese de la razón.

[315] 2ª regla. La segunda: en las personas que van intensamente purgando sus peccados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo, es el contrario modo que en la primera regla; porque entonces propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos inquietando con falsas razones, para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante.

[316] 3ª regla. La tercera de consolación spiritual: llamo consolación quando en el ánima se causa alguna moción interior, con la qual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y conseqüenter quando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Assimismo quando lanza

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

lágrimas motivas a amor de su Señor, agora sea por el dolor de sus peccados, o de la pasión de Christo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente, llamo consolación todo aumento de esperanza, fee y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor.

[317] 4ª regla. La quarta de desolación spiritual: llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como escuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas baxas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. Porque así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación.

[318] 5ª regla. La quinta: en tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consexos no podemos tomar camino para acertar.

[319] 6ª regla. La sexta: dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.

[320] 7ª regla. La séptima: el que está en desolación, considere cómo el Señor le ha dexado en prueba en sus potencias naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el qual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta; porque el Señor le ha abstraído su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole tamen gracia suficiente para la salud eterna.

[321] 8ª regla. La octava: el que está en desolación, trabaxe de estar en paciencia, que es contraria a las vexaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como está dicho en la sexta regla.

[322] 9ª regla. La nona: tres causas principales son porque nos hallamos desolados: la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros exercicios spirituales, y así por nuestras faltas se alexa la consolación spiritual de nosotros; la segunda, por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias; la tercera, por darnos vera noticia y cognoscimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación spiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y porque en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la spiritual consolación.

[323] 10ª regla. La décima: el que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces.

[324] 11ª regla. La undécima: el que está consolado procure humiliarse y baxarse quanto puede, pensando cuán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación. Por el contrario, piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor.

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

[325] 12ª regla. La duodécima: el enemigo se hace como muger en ser flaco por fuerza y fuerte de grado, porque así como es propio de la muger, quando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huída quando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huír perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la muger es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huída sus tentaciones, quando la persona que se exercita en las cosas spirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el oppósito per diametrum; y por el contrario, si la persona que se exercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia.

[326] 13ª regla. La terdecima: assimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto: porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o una muger de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y el contrario le displace mucho, quando la hija al padre o la muger al marido descubre sus vanas palabras y intención depravada, porque fácilmente collige que no podrá salir con la impresa comenzada: de la misma manera, quando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas quando las descubre a su buen confessor o a otra persona spiritual, que conosca sus engaños y malicias, mucho le pesa: porque collige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos.

[327] 14ª regla. La quatuordécima: assimismo se ha como un caudillo, para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes theologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.

[328] Reglas para el mismo efecto con mayor discreción de spiritus y conducen mas para la segunda semana.

[329] 1ª regla. La primera: proprio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo spiritual, quitando toda tristeza y turbación, que el enemigo induce; del qual es proprio militar contra la tal alegría y consolación spiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y assiduas falacias.

[330] 2ª regla. La segunda: sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto, por el qual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad.

[331] 3ª regla. La tercera: con causa puede consolar al ánima así el buen ángel como el malo, por contrarios fines: el buen ángel, por provecho del ánima, para que cresca y suba de bien en mejor; y el mal ángel para el contrario, y adelante para traerla a su dañada intención y malicia.

[332] 4ª regla. La quarta: proprio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con la ánima devota, y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura de salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

[333] 5ª regla. La quinta: debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima, quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna.

[334] 6ª regla. La sexta: quando el enemigo de natura humana fuere sentido y conocido de su cola serpentina y mal fin a que induce, aprovecha a la persona que fue dél tentada, mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le truxo, y el principio dellos, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo spiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia conocida y notada, se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños.

[335] 7ª regla. La septima: en los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como quando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor, tocan los sobredichos espíritus contrario modo; cuya causa es la disposición del ánima ser a los dichos ángeles contraria o símile; porque quando es contraria, entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente; y quando es símile, entra con silencio como en propia casa a puerta abierta.

[336] 8ª regla. La octava: quando la consolación es sin causa, dado que en ella no haya engaño por ser de solo Dios nuestro Señor, como está dicho, pero la persona spiritual, a quien Dios da la tal consolación, debe, con mucha vigilancia y atención, mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación, del siguiente en que la ánima queda caliente, y favorecida con el favor y reliquias de la consolación passada; porque muchas veces en este segundo tiempo por su propio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu o por el malo forma diversos propósitos y pareceres, que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor; y por tanto han menester ser mucho bien examinados, antes que se les dé entero crédito ni que se pongan en efecto”.

La modernidad nos trajo un mundo autónomo que, orgulloso, se levantaba ante Dios queriendo funcionar sin Él, como si Dios no existiera (“etsi Deus nos daretur”, santo y seña de nuestro tiempo). El discernimiento presupone justamente lo contrario. Supone la existencia de un Dios trascendente y personal vuelto hacia su criatura y con una voluntad constante hacia ella. Dios no es un Dios lejano ni escondido al que no le interese la suerte de sus hijos. Dios quiere entrar en comunicación con el hombre desde el mismo instante en el que, creado éste a imagen y semejanza de Él, le hizo capaz de Dios. Pero si Dios quiere dialogar con el hombre, a éste le toca ahora percibir su voz. Está llamado a descubrirla entonces entre otras muchas voces, a veces engañosas que falsamente se presentan suplantando, usurpando, su voz (*sub angelo lucis*). Para Ignacio el hombre alcanza su auténtica libertad en el amor a Dios y el amor en el servicio. Servir a Dios es buscar su rostro, su voluntad. Para no equivocarse es para lo que entran en juego las reglas de discernimiento.

Dice san Ignacio que Dios visita a las almas que van de más en mejor subiendo con su paz y alegría. Este es el principio general: Dios es un Dios de paz y consuelo, de gozo y alegría. El santo no va más allá en la definición de una y otra. Claro está que la

paz, en términos agustinianos, es tranquilidad en el orden, el orden del amor, como también lo es, en lenguaje bíblico, presencia y plenitud de Dios en el alma. Por su parte, la alegría es consuelo y gozo perdurable. Queda claro pues que donde hay turbación y tristeza, en esas almas que sin pecado mortal van progresando en la virtud, ahí está el mal espíritu. Pudiera parecer sencillo pero la cosa se nos complica. Y es que al maligno, príncipe de la mentira y del engaño, le encanta disfrazarse y presentarse rodeado de una *falsa* paz y alegría. Urge entonces distinguir la verdadera de la falsa. A San Ignacio no se le escapó esto y por eso nos dice que siempre que esa paz y alegría, que esos consuelos, surjan en el alma sin causa precedente son de Dios pues “es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad” (n. 330). Ahora bien, incluso en este caso, una cosa será ese primer tiempo y otra un segundo momento posterior en el que podrá intervenir el mal espíritu por lo que habrá que estar atento también aquí: “quando la consolación es sin causa, dado que en ella no haya engaño por ser de solo Dios nuestro Señor, como está dicho, pero la persona spiritual, a quien Dios da la tal consolación, debe, con mucha vigilancia y atención, mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación, del siguiente en que la ánima queda caliente, y favorecida con el favor y reliquias de la consolación pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo por su propio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu o por el malo forma diversos propósitos y paresceres, que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor; y por tanto han menester ser mucho bien examinados, antes que se les dé entero crédito ni que se pongan en efecto” (n. 336).

Pues bien, ¿y cuando hay causa? Con causa, dice san Ignacio, la moción podrá ser de Dios o del maligno, en cuyo caso habrá que estar atento al proceso, es decir, al discurso de los pensamientos: “si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala o distrativa, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima, quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna” (n. 333). Nada más nos dice san Ignacio y no dice más porque lo que sigue le debió resultar a todas luces evidente. Y es que donde nunca podrá haber engaño es en una paz y alegría bendecida por la cruz, que nos lleve a la humildad y al servicio. Esto no quiere decir en modo alguno que la paz y alegría no sean verdaderas y procedan de Dios en ausencia de la cruz, la humillación o el servicio. Sólo se quiere decir que donde se dan estas tres notas, o algunas de ellas (cruz, humillación y servicio), ahí siempre estará Dios. Y es que el maligno nunca nos propondrá el camino de la cruz en el que fue vencido y, como soberbio que es, jamás nos presentará la humillación, sino todo lo contrario, y nos alejará del servicio a Dios. No descubrimos nada nuevo en ello: este es el camino de Cristo, camino de Cruz, humillación y servicio; es el camino de los santos; y es el camino de la toda Santa, nuestra Madre Santísima. Vivir en el Corazón inmaculado de María, corazón sencillo y humilde, será entonces la mejor garantía de acertar.

1.4. La búsqueda de la voluntad de Dios: amor y servicio; gracia y voluntad; orden natural y orden sobrenatural; lo grande y lo pequeño

Pero ¿por qué razón buscar la voluntad de Dios? El hombre fue creado en el amor, por el amor y para el amor. Este es el fin del hombre, la gloria de Dios (es decir, la vida del hombre y la vida del hombre la visión de Dios, en lenguaje de san Ireneo) y la verdadera felicidad. La felicidad es la santidad y la santidad supone cumplir la voluntad de Dios. Nuestra espiritualidad, como nos enseña san Ignacio, es una búsqueda activa y constante del rostro de Dios, de su voluntad. ¿Qué quieres de mí, Señor?, es la pregunta que movió la vida de Íñigo desde su conversión y es la cuestión decisiva. Nos jugamos en ello la vida eterna y la felicidad en ésta. Sabemos lo que Dios quiere porque nos fue revelado en el Decálogo y porque Nuestro Señor llevó la Ley a perfección y cumplimiento en el camino de las Bienaventuranzas. Sabemos lo que Dios quiere por la vocación que nos ha concedido a cada uno: los esposos cumpliendo sus deberes conyugales y amándose como Cristo ama a su esposa la Iglesia; los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio; o los religiosos en la fidelidad a sus votos. Pero Dios ni es un ser mudo ni vive en el pasado ni se proyecta hacia un futuro incierto. Dios vive en el presente y, vuelto hacia nosotros, tiene una palabra que pronuncia constantemente. En la oración percibimos su voluntad y al cumplirla, al servir a Dios, le manifestamos nuestro amor aquí y ahora. Al hacerlo cumplimos nuestra vocación a la santidad. La iniciativa siempre fue, es y será de Dios pero cuenta con la respuesta del hombre, siempre don y tarea.

San Ignacio dijo haber recibido una “merced” en Loyola, la gracia de Dios que puso en movimiento todo el proceso de la conversión, por eso bien pudo decir con san Juan que “Él nos amó primero”. Dios le concedió abundantes dones naturales y gracias sobrenaturales, dones místicos (don de lágrimas, gozo espiritual, consolación intensa, iluminaciones divinas, visitaciones espirituales, divinas inspiraciones, lo que la interna y externa...) que, reflejados en su *Diario espiritual* (2 de febrero de 1544 a 27 de febrero de 1545), nos hablan de una elevada mística trinitaria, profundamente cristocéntrica, eucarística y litúrgica, centrada en el sacrificio del altar, aunque no exclusivamente vinculada a él, pues san Ignacio recibía esos dones en la oración y en muchos otros momentos del día fuera de la Santa Misa. De lo que no se puede dudar es de que Ignacio llega al Padre a través del Hijo y de su humanidad y a Éste a través de su Madre y de los santos. La Virgen María ocupa un lugar de mediación absolutamente imprescindible para acceder a Dios. Así aparece claramente en sus escritos. Diríamos que, sin aparecer la fórmula como tal, algo que surgirá después pero fundada en la misma experiencia ignaciana, san Ignacio supo llegar a Jesús a través de María, y de la humanidad de Jesús a su divinidad y en la persona divina de Cristo el encuentro con el Padre y la Trinidad, fin de toda su contemplación. En todo caso, la contemplación en Ignacio siempre fue activa, siempre nació y desembocó en la acción, de ahí que la suya fuera una mística del servicio. Y en la acción la voluntad del hombre, la respuesta del hombre al don divino. Nuestro padre Ignacio bien supo que todo era gracia, gracia que iniciaba, acompañaba y finalizaba la acción, pero, con la misma rotundidad, entendió que todo era voluntad, que

por mucho que Dios quisiera, como el hombre no pusiera de su parte, el encuentro sería imposible, porque Dios jamás violentará su criatura. Sabiendo, eso sí, que la iniciativa, el don “viene de lo alto”. Es lo que siempre se nos ha dicho de san Ignacio cuando enseñaba aquello de actuar como si todo dependiera de uno, sabiendo muy bien que, en realidad, todo depende de Dios. Escribiendo a Francisco de Borja en 1555, san Ignacio dijo: “Mirando a Dios nuestro Señor en todas las cosas, como le place que yo haga, y teniendo por error confiar y esperar en medios humanos algunos o industrias en sí solas; y también no teniendo por vía segura confiar el todo en Dios nuestro Señor, sin quererme ayudar de lo que me ha dado, por parecerme en el Señor nuestro que debo usar de todas dos partes, deseando en todas cosas su mayor alabanza y gloria y ninguna otra cosa”. En este sentido de la cooperación de la criatura con el Creador es en el que la espiritualidad ignaciana conjuga armónicamente de modo ejemplar la gracia y la libertad, el don de Dios y la respuesta del hombre, lo sobrenatural y lo natural. No hay peligro de jansenismo ni de pelagianismo, no hay riesgo de naturalismo ni de sobranaturalismo, queda fuera todo racionalismo y todo fideísmo. Recordemos las palabras de san Ignacio en las reglas para sentir en la Iglesia de Ejercicios:

“17ª regla. Asimismo no debemos hablar tan largo instando tanto en la gracia, que se engendre veneno para quitar la libertad. De manera que de la fe y gracia se puede hablar quanto sea possible mediante el auxilio divino, para maior alabanza de la su divina majestad, mas no por tal suerte ni por tales modos, mayormente en nuestros tiempos tan peligrosos, que las obras y líbero arbitrio resciban detrimento alguno o por nihilo se tengan” (n. 36)”

En este sentido, podemos decir que la espiritualidad surgida de los Ejercicios Espirituales y de la vivencia de san Ignacio es profundamente católica, como no podría ser de otra manera. Dios y el hombre; el hombre y Dios. Dios con el hombre y el hombre con Dios. Una vez puestos los medios naturales que Dios nos da, la confianza en Dios es plena, verdaderamente audaz. Es la parresía de la fe. En fin, unión y comunión frente a cualquier intento de división o separación-disyuntiva, frente a cualquier intento de confusión.

Por último, sorprende en san Ignacio la facilidad de concretar lo grande y sublime en lo pequeño y cotidiano. Esa capacidad ignaciana de armonizar lo extraordinario con lo ordinario es una nota distintiva de su espiritualidad. A decir verdad, aquí no hace otra cosa que enseñarnos el realismo de la vida en Cristo. En san Ignacio no existe el pasado, no fue el suyo un espíritu melancólico. Y tampoco le vemos vanamente entretenido con ensoñaciones de un futuro incierto que no se sabe si vendrá. A Dios solo se le puede encontrar en el presente. Y cuando en la *contemplación para alcanzar amor* se invita a hacer memoria agradecida del paso de Dios por la vida de uno, no es para detenerse en un ayer que no es, sino para traer al presente los beneficios del amor divino. En el de Loyola, como en cualquier cristiano, solo existe el ahora, aquí y ahora. San Ignacio supo poner los deseos grandes de su alma enorme en actos muy precisos y concretos, tremendamente concretos, desde los exámenes de oración o conciencia, hasta las reglas diversas que escribe, sobre escrúpulos, modestia, sentir con la Iglesia... Todo ello no

Contemplativos en la acción
Tema 1. En todo amar y servir

fue sino una manifestación más de su contemplación activa que supo encontrarse con lo absoluto y eterno, con Dios, en todo, por muy pequeño que esto fuera.

CUESTIONES

Generales para todos los equipos

- (1) Rasgos principales del carácter de san Ignacio (dones naturales y sobrenaturales) según el relato de su vida (Primer apartado: “El encuentro con Cristo”)
- (2) ¿Cuál es, a tu parecer, la clave o el punto determinante de los Ejercicios espirituales? (Segundo apartado: “Los Ejercicios Espirituales”)
- (3) ¿Por qué, para qué discernir? (Tercer apartado: “Discernimiento ignaciano”) Pon ejemplos de discernimiento necesario

Particulares según Congregación (Cuarto apartado: “Búsqueda de la voluntad de Dios”)

Fructuosos:

- (4) ¿Cómo buscar la voluntad de Dios en tu matrimonio y familia? ¿Preguntamos a Dios? ¿Qué, cuándo, cómo?
- (5) ¿Qué papel ocupa la Virgen María en tu matrimonio y familia? Esa relación con la Virgen, ¿es vivida *según* tu espiritualidad ignaciana? ¿En qué sentido o cómo?

Canisios:

- (4) ¿Cómo buscar la voluntad de Dios en tu trabajo, noviazgo y relaciones sociales?
- (5) ¿Qué lugar tiene la Virgen María en tu trabajo y relaciones? ¿Se puede hablar de un modo ignaciano de obrar, trabajar, estar en el mundo? ¿Cuál?

Berchmans:

- (4) ¿Cómo buscas la voluntad de Dios en tu vocación, estudio y ocio? ¿Qué no preguntarías nunca a Dios y qué le preguntarías siempre?
- (5) ¿Qué lugar tiene la Virgen María en tu estudio y ocio? ¿Cómo estudiaría y se divertiría san Ignacio?

UN OBJETIVO CONCRETO (INDIVIDUAL Y COMO EQUIPO) PARA ESTE MES